

nados «por sus deméritos, unos á ser ahorcados, otros á ser arrastrados y colgados, otros á ser ahogados, y los otros á ser decapitados.» Juan de Venette explica la alegría de los habitantes del reino á la vista de todas estas ejecuciones, y nos presenta á los *routiers* expulsados de todos los sitios y obligados á vender á vil precio los objetos que habían robado. «¡Que Dios sea bendecido en todas partes! ¡Amén!» exclama en la última página de su crónica. Pero el país no estaba aún enteramente libre de las fechorías de las gentes de guerra.

## CAPITULO II

## CARLOS V (1)

I. El rey. — II. Las teorías políticas. — III. Los colaboradores.

## I.—El rey (2)

Carlos V tenía la cara «bien ovalada, un poco larga;» la frente grande y ancha, una frente de hombre estudioso; los ojos pequeños, pero «bien sentados,» castaños y «fijos en el mirar;» la nariz grande, larga y sinuosa; los pómulos salientes; la boca «no muy pequeña;» los labios delgados y apretados; la barbilla gruesa, rodeada de una barba ni rubia ni negra. Una palidez «moreno-clara» daba á su semblante un aspecto delicado.

«Estando en flor de juventud,» había tenido una grave y larga enfermedad; corrió el rumor de que había sido envenenado por el rey de Navarra. «Toda su vida fué muy pálido y muy flaco, y su complexión muy peligrosa de fiebre y de enfriamiento de estómago, y con esto le quedó de su dicha enfermedad la mano derecha tan hinchada, que una cosa de peso no la podía manejar.» Sufría además de neuralgias muy dolorosas.

No había nacido este rey para los bellos ensayos de armas cuya relación encantaba la imaginación de Froissart. Cristina de Pisán, que escribió un *Libro de Caballería* según Frontino y Vegetio, se esfuerza en demostrar que Carlos V fué «verdaderamente caballeroso;» en su sencilla erudición, que amontona razonamientos y citas, habla de su héroe como de un griego ó de un romano. La verdad—ella misma también lo confiesa—es que Carlos no tenía ni el vigor ni el temperamento de Felipe VI ó de Juan el Bueno. Le gustaba vivir en una tranquilidad serena y majestuosa. Se complacía en los largos oficios, en los paseos poco fatigosos, en las doctas conversaciones. Pasaba, dice Cristina, «la mayor parte del tiempo descansando en su rico palacio. Alguna vez ocurría, y con bastante frecuencia en tiempo

(1) FUENTES.—*Grandes Chroniques de Saint-Denis* (Chronique de Pierre d'Orgemont), edición París, VI, 1838. Christine de Pisan, *Le Livre des fais et bonnes meurs du sage roy Charles V*, colección Michaud y Poujoulat, II, 1836. *Ordonnances des rois de France*, IV, V y VI, 1734-1741. Delisle, *Mandements et actes divers de Charles V*, 1874. Labarte, *Inventaire du mobilier de Charles V*, 1879.

(2) OBRAS DE CONSULTA.—Leclerc y Renán, *Discours sur l'état des Lettres et des Beaux-Arts au XIV<sup>e</sup> siècle* (Histoire Littéraire de la France, XXIV), segunda edición, 1865. Delisle, *Le Cabinet des Manuscrits de la Bibliothèque nationale*, I, 1868. Luce, *La France pendant la guerre de Cent Ans*, 1890-1893. E. Petit, *Les séjours de Charles V*, «Bulletin historique,» 1888. C. Benoist, *La politique du roi Charles V*, 1886.

de verano, que el rey iba á holgarse en sus quintas y castillos fuera de París;» pero esto era á pocas leguas de las murallas, en Vincennes, en Saint-Ouen, en Saint-Germain-en-Laye, en Melún, en Montargis. Sus más largos viajes fueron los que hizo á Normandía. En diez y seis años de reinado, no pasó de Ruán y de Tancarville al Oeste, de la Fère al Norte, de Reims y Auxerre, al Este y de Orleáns al Sur. «Por esta manera, dice Felipe de Mezières, que fué su amigo (3), obtuvo de Dios varias hermosas victorias sobre los enemigos, estando él sentado en su silla.»

Carlos V fué un rey de hermosa vida, muy ordenada. «La hora de levantarse, por la mañana, cuenta Cristina de Pisán, era de seis á siete.» En seguida se persignaba y, «como muy devoto, dirigía sus primeras palabras á Dios en algunas oraciones.» Después, al vestirse, sostenía con sus chambelanes y servidores «conversaciones alegres y honestas.» Una vez «peinado, vestido y arreglado según los días,» se le llevaba su breviario y decía con su capellán «sus horas canónicas, según la costumbre del tiempo.» Hacia las ocho «iba á misa, la cual se celebraba gloriosamente cada día con canto melodioso y solemne.» Pasaba entonces un largo tiempo «retirado en su oratorio,» mientras «se decían continuamente, delante de él, misas rezadas.» A la salida de su capilla recibía «á toda clase de gente, ricos y pobres, damas ó señoritas, mujeres viudas ú otras,» que iban á presentarle instancias, y les escuchaba con benevolencia.

En los días señalados para las sesiones se dirigía á su Consejo, que presidía con mucha solemnidad. Después, á cosa de las diez, se sentaba á la mesa. Su comida no era nada larga y no se cargaba mucho con diversos manjares. Vino claro y sano, sin gran aroma, bebía mezclado con agua y no en abundancia, ni de varias clases. Al fin de la comida «oía de buena gana instrumentos graves, para alegrar el espíritu, tan dulcemente tañidos como puede exigir el arte de la música.» A la comida sucedían las recepciones: «En ellas se encontraban á menudo varias clases de embajadores de extraños países y señoras, diversos príncipes extranjeros, caballeros de distintas comarcas, de los cuales había á veces tanto número, que en sus cámaras y salas grandes y magníficas apenas se podían mover. En dichas recepciones se le comunicaban noticias de todos los países ó aventuras y hechos de sus guerras ó de otras batallas.» Se hacía querer de todos por su gran cortesía. En el curso de las recepciones, salvo en los casos reservados al Consejo, «distribuía gracias, firmaba cartas de su puño, hacía donativos razonables, confería oficios vacantes á legítimas peticiones.» Dos horas pasaban así, transcurridas las cuales iba á descansar durante una hora.

«Después de su siesta,» á manera de higiene, «destinaba un espacio de tiempo á sus familiares más íntimos, conversando con ellos de cosas agradables, visitando joyas y otras riquezas.» Cuando había asistido á visperas, «si era en verano, algunas veces entraba en sus jardines, á los cuales algunas veces iba la reina á encontrarle, ó le llevaban sus hijos. Allí hablaba á las mujeres y les preguntaba por la salud de sus pequeños. Algunas veces le presentaban allí dones extraños de diversos países, artillería ú otros arneses de guerra, ó iban los

(3) Sobre Felipe de Mezières, véase pág. 482.

mercaderes á ofrecerle terciopelos, tisús de oro y toda otra suerte de bellas cosas extranjeras.» En invierno «se ocupaba á menudo en leer bellas historias de la Sagrada Escritura ó de los hechos de los romanos, ó reflexiones morales de los filósofos y otras ciencias, hasta la

conservar y dar ejemplo á sus futuros sucesores, de que por medio de un orden solemne se debe mantener y llevar el muy digno grado de la alta corona de Francia.»

Carlos V hablaba muy bien, «sin ninguna superfluidad de palabra.» Tenía todas las virtudes de un sabio:



Carlos V á la edad de treinta y cinco años.  
(Hoja-dedicatoria de la Biblia pintada en 1371 por Juan de Bruges para este rey.)

hora de la muy ligera cena que tomaba muy temprano. Terminada ésta, conversaba algún tiempo con los barones y caballeros, y después se retiraba y se acostaba.»

Esta vida real era guiada por una inteligencia apasionada de orden y de dignidad. Tenía, dice Cristina, «en todos sus actos la noble virtud de orden y de conveniente mesura. En todas sus idas y venidas se observaban este orden y moderación, pues no dejó nunca de despachar sus negocios cotidianos como en París.» Y si vivía con esta regularidad majestuosa, no era «tanto por el gusto de su complacencia, cuanto para guardar,

prudencia, justicia, benignidad y clemencia, mansedumbre, humildad, prudente largueza, sobriedad, castidad. Y estos elogios de Cristina de Pisán, todos los testimonios los confirman. El «Viejo Peregrino,» Felipe de Mezières, se complace en recordar las largas conversaciones que tuvo con el rey cabalgando de París á Melún, ó por los hermosos caminos que conducían á las residencias reales; y él, que tanto había corrido el mundo y visto y pensado tanto, se guardaba bien de hablar, «sino que escuchaba, y no sin lágrimas de afecto, la sabiduría y prudencia del sabio Salomón.»

Este rey tan sabio era, como dice el «Viejo Peregrino,» «devoto y verdadero católico.» Su modelo era San Luis. «Por encima de todo, dice en la ordenanza sobre la mayor edad de los reyes, queda grabado en nuestro corazón con caracteres indelebles el recuerdo del gobierno de nuestro muy santo antepasado, predecesor, patrón y especial defensor, el bienaventurado Luis, flor, honor, enseña y espejo, no sólo de nuestra estirpe real, sino de todos los franceses, cuya memoria será bendecida hasta el fin de los siglos, de este hombre no contaminado, gracias al favor divino, con ningún pecado mortal. Su vida debe ser nuestra enseñanza.» En un libro de horas que fué de su propiedad, se lee una larga oración á San Luis, hecha para su uso, en la que, en su indignidad é insuficiencia, ruega á su predecesor que obtenga para él un poco de esa luz divina que le es necesaria para gobernar á su pueblo.

El rey Carlos tenía gran devoción á la Virgen, á la que llamaba soberana Mediadora. A petición del «Viejo Peregrino,» instituyó en su reino la fiesta de la Presentación, que ya se celebraba en la Iglesia de Oriente. Visitaba con frecuencia la abadía de Saint-Denis y seguía las procesiones que en ella se hacían. Iba á la Santa Capilla á besar las reliquias. Un día, mientras estaba haciendo el inventario de las mismas, encontró una redoma que, según una inscripción en griego y en francés, contenía algunas gotas de sangre de Jesucristo. Se consultó á sabios y á teólogos, y tan grande era el deseo del rey de poseer tal tesoro, que, á despecho de la opinión de los doctores, se declaró que el líquido misterioso era verdadera sangre de Jesucristo. Carlos, al decir de Cristina, tenía el desigño de hacerse sacerdote en seguida que el delfín estuviese en edad de reinar. Tenía en sus ejercicios piadosos una regularidad eclesiástica. A pesar de su poca salud, ayunaba todo el año una vez por semana. El Viernes Santo enseñaba la verdadera cruz al pueblo: «Cada año leía por manera de oración la Biblia toda entera, y así lo hizo quince ó diez y seis años sin faltar.» «Varias veces, en lo más hermoso y en el mayor placer de la caza, cuando era la hora de volver á su misa mayor, decía al «Viejo Peregrino:» «Dejemos estos placeres y vayamos á misa.»

Pero esta piedad era discreta y prudente. Es un honor para Carlos V haber moderado la Inquisición: en 27 de marzo de 1373 Gregorio XI le reprochó que impidiese la acción de los inquisidores en Langüedoc, que se mezclase en las sentencias proferidas por ellos, y que pusiese en libertad á los prisioneros; aún en 1378 el rey aprobó á sus oficiales del Delfinado por haberse opuesto á la destrucción de las casas de los herejes. En 1359, en tiempo de su regencia, había permitido á los judíos volver á Francia, de la que estaban desterrados desde la peste de 1348. El rey Juan les había concedido privilegios á cambio del oro que obtuvo de los mismos para su rescate, y Carlos V se los conservó. Hugo Aubriot, el antiguo baile de Dijón, que había llegado á ser preboste real en París y el hombre de confianza del rey, los protegió eficazmente, de tal modo que se le acusó de tener comercio con hermosas judías. Cuando fué preciso buscar recursos para la guerra reanudada contra Inglaterra, el rey se abstuvo de confiscar los bienes de los judíos; al contrario, se renovaron sus privilegios en 18 de mayo de 1370. Una parte de los manuscritos he-

braicos, anteriormente confiscados, se les restituyeron por orden expresa del rey. Carlos V ordenó además, como Juan el Bueno, «que no pudiesen ser obligados á asistir á cualquier servicio ó predicación de cristianos.» Aportaba á estas cuestiones un espíritu político superior, y como por instinto de tolerancia.

Carlos V, tanto como «del orden y de la conveniente medida,» gustaba de la magnificencia, y por la misma razón: para honrar la corona de Francia. Vivió con un ornato soberbio. Los servicios de la casa real estaban abundantemente provistos; chambelanes, ujieres, oficiales de ceremonias y criados de toda especie los había en gran número. Las compras hechas por los seis Oficios de la Casa y de la Vajilla subían á cifras considerables, y todo se pagaba con largueza. Rodeó del mismo esplendor á la reina Juana de Borbón, á la que amó tiernamente: era maravilla ver «en qué dignidad estaba esta reina, coronada y rodeada de grandes riquezas de alhajas, vestida con trajes reales, anchos, largos y flotantes, adornados y resplandecientes de ricas piedras y perlas preciosas en cinturones, ojales y lazos.»

Este lujo, en el que siempre «se guardaba toda la honestidad,» se ostentaba en las grandes fiestas, sobre todo en las recepciones de los príncipes extranjeros. Cuando Carlos IV fué á París en 1378, los oficiales de la casa real iban adornados con vestidos soberbios. La Santa Capilla resplandecía de luces y de pedrería el día que el emperador fué á visitar las reliquias. En el gran banquete que se dió en palacio, la sala estaba adornada con tapices maravillosos, sobre los cuales se destacaban las estatuas de los reyes. Durante la comida se representó, por medio de cuadros al vivo, la toma de Jerusalén por Godofredo de Bouillón. El emperador había pedido á Carlos V uno de sus hermosos libros de horas; recibió dos, uno grande y otro pequeño. Además el rey hizo á sus huéspedes presente de «joyas tales como sabían hacerse en París,» todas de oro, guarnecidas de piedras preciosas y de esmaltes.

Carlos V creía que nada prueba mejor la grandeza de un rey que sus tesoros de platería, de esmalte, de joyería y de tapicería. Hizo redactar, en 1379 y 1380, el inventario de sus joyas, vajillas y muebles conservados en el Louvre, en San Pablo, en Vincennes, en Beauté, en Saint-Germain, en Melún. Es un deslumbramiento de maravillas. Solamente en el tesoro de Melún, que es el más importante, se cuentan veintisiete cruces de oro, veintisiete de plata, setenta y dos estatuas ó grupos de plata, sesenta y tres «capillas» (mobiliario del altar y vestiduras sacerdotales) de colores diferentes, cuarenta y siete coronas reales, siete docenas de platos de oro, siete docenas de escudillas de oro. En junto, el rey poseía 3.879 marcos de oro, 6.184 marcos de plata dorada, 6.127 de plata blanca, sin contar las piedras finas y los camafeos. El inventario consta de 327 folios y se divide en 3.906 artículos, de los cuales muchos comprenden un gran número de objetos.

A este rey magnífico, el palacio de San Luis y de Felipe el Hermoso ya no le basta ó no le satisface; lo cuida con esmero, pero no va allí más que en las circunstancias solemnes. Para él ha creado el palacio San Pablo. Al Este de París, fuera del recinto de Felipe Augusto, había adquirido desde 1361, con su propio dinero, varias moradas contiguas. Proclamado rey, lo

había desde luego reunido todo á su dominio. Desde aquel momento daba pruebas de su «amor, complacencia y singular afección» por su nueva residencia, á la que llamaba «el palacio solemne y de las grandes diversiones.» Era una verdadera villa aquel palacio, ó mejor, aquellos palacios, unidos sin plan de conjunto, sin simetría, pero admirablemente dispuestos para todas las necesidades de la vida. Se encontraban habitaciones muy diversas, salas y cuartos en número infinito, cámaras de consejo, de respeto ó de retiro, cámaras de armario, estudios, etc. La gran capilla estaba adornada con doce estatuas de apóstoles, de piedra; la capilla de la reina con exquisitas pinturas que representaban terrazas, árboles, lirios, rosas, niños entre el verdor, flores y frutas. Los baños ó estufas tenían artesonados y cubos de madera de Irlanda, guarnecida con dorados. Doce galerías reunían los diversos edificios; entre ellos había seis patios, siete ú ocho grandes jardines cuidadosamente adornados, una vasta guindalera, una casa de fieras con jaulas para los leones, pajareras para las tórtolas, ruiseñores y otras aves, y un acuario (1).

El Louvre, transformado y embellecido, llegó á ser un palacio suntuoso. Se colocaron hermosas esculturas en las paredes desnudas; una escalera exterior, obra exquisita de Raymond du Temple, dió al sombrío patio una nota alegre (2). Este castillo quedó siendo, sin embargo, como la ciudadela de los reyes en París, con un arsenal, colecciones de armas y fuertes recintos. En Vincennes se habían empezado grandes construcciones; Carlos V terminó el torreón y la capilla. A algunas leguas de allí, á orillas del Marne, hizo construir la casa de Beauté, graciosa casa de campo, íntimo y fresco retiro donde fué á pasar las horas más dulces de su noble vida. En otras partes también, en Montargis, en Melún, en las iglesias y monasterios de París, mandó hacer muchas obras (*il maçonna fort*).

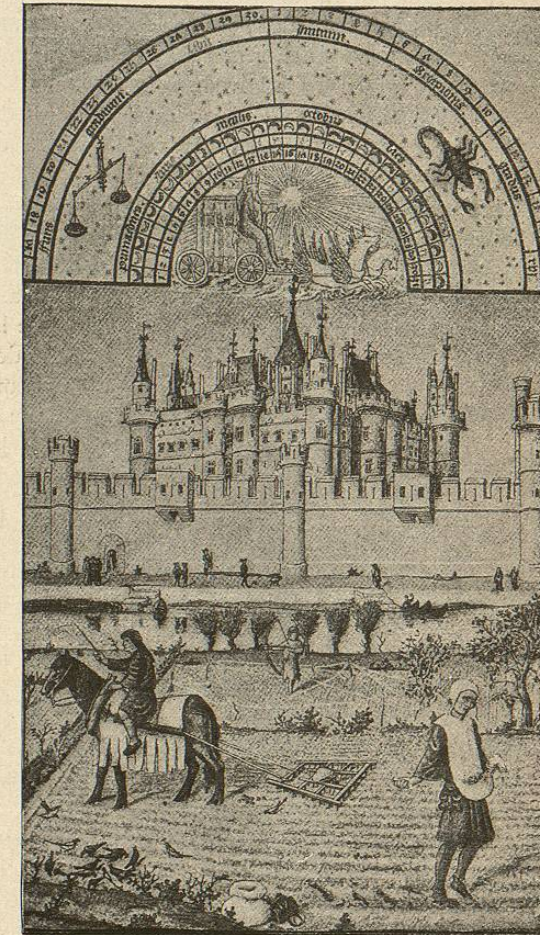
Lo más notable de ese príncipe era su gran curiosidad intelectual. Era verdadero «discípulo de sapiencia,» «verdadero filósofo,» «verdadero inquisidor de cosas primitivas.» Le gustaban las altas especulaciones; apreciaba infinitamente la universidad de París y á sus sabios profesores: «al rector, á los doctores y á los maestros solemnes mandaba á buscar á menudo para oír la doctrina de su ciencia.» Era curioso de astrología y de medicina. Gervasio Chrétien, «su físico,» hombre muy sabio, era muy estimado de él por su ciencia y por docas conversaciones. Habiendo maese Gervasio fundado un colegio, el rey creó allí dos becas para las matemáticas y regaló todo un material de astronomía, astrolabios, ecuatoriales, esferas y otros instrumentos. «A las personas que tienen sabiduría, decía él, nunca se les puede honrar bastante, y mientras la sabiduría será honrada en este reino, seguirá prosperando; pero cuando la ciencia sea excluida, decaerá.»

Carlos V reunió una magnífica «librería,» punto de partida de las grandes colecciones reales. El inventario de dicha librería es muy instructivo. Los textos sagrados, Biblias en latín ó en francés, con ó sin comentarios, Evangelios y epistolarios, breviarios, misales, ri-

(1) Lecaron, *L'Hotel Saint-Pol*, «Memoires de la Societé de l'Histoire de Paris,» VI, 1879.

(2) Sobre el valor artístico de los trabajos hechos en el Louvre, véase el libro V, capítulo II, «La Arquitectura.»

tuales, libros de horas, estaban allí naturalmente en abundancia; pero eran muy escasas, al contrario, las obras de teología escolástica. Las preferencias del rey se inclinaban evidentemente hacia la moral, el derecho, las ciencias, la historia, y en general hacia toda la literatura didáctica. Carlos V tenía traducciones francesas de las *Instituta*, del *Código*, del *Digesto*, de las *Novelas*, del *Decreto* y de las *Decretales*, del *Espejo* de Guillermo Durand, el *Sueño del Pastor* en latín y en francés;



El Louvre en tiempo de Carlos V  
(Miniatura del calendario de las *Grandes heures* del duque de Berry. Biblioteca del duque de Aumale, París.)

en materia de literatura moral, en latín ó en francés, en el texto ó en traducciones latinas y francesas, los principales tratados de Aristóteles, el *Timeo* de Platón, Séneca, San Agustín, San Gregorio, el *Policrático* de Juan de Salisbury; compilaciones enciclopédicas como el *Libro de las propiedades de las cosas*, la *Imagen del mundo*, el *Tesoro* de Brunetto Latini, el *Arte demostrativo* de Ramón Llull, Euclides, la *Aritmética* de Boecio; una inmensa colección de libros astronómicos y astrológicos, la serie casi completa de las obras científicas traducidas del árabe, treinta volúmenes sobre la geometría, cuatro sobre la quiromancia; tratados sobre los meteoros, el imán, las piedras, las plantas y los animales; diez colecciones de fábulas relativas á los animales, siete lapidarios, cerca de sesenta volúmenes de medicina y de cirugía, diez ejemplares de la traducción de Vegecio; un atlas catalán, cinco ejemplares de Marco Polo, relaciones de viajes; Josefo, Valerio Máximo,